

lluvia, el sol y la sequedad, sucediéndoles el viento y las borrascas, no permitían el menor cultivo, habiéndose elegido á causa de su situación inaccesible, que simplificaba y aseguraba por medio de la naturaleza la vigilancia de un preso.

Allí era donde Napoleón, acompañado del conde de Las Casas y de su hijo, del general Gourgaud, del conde y de la condesa Bertrand, del conde y de la condesa Montholón, y de unos cuantos criados, debía, sin embargo, concluir su existencia.

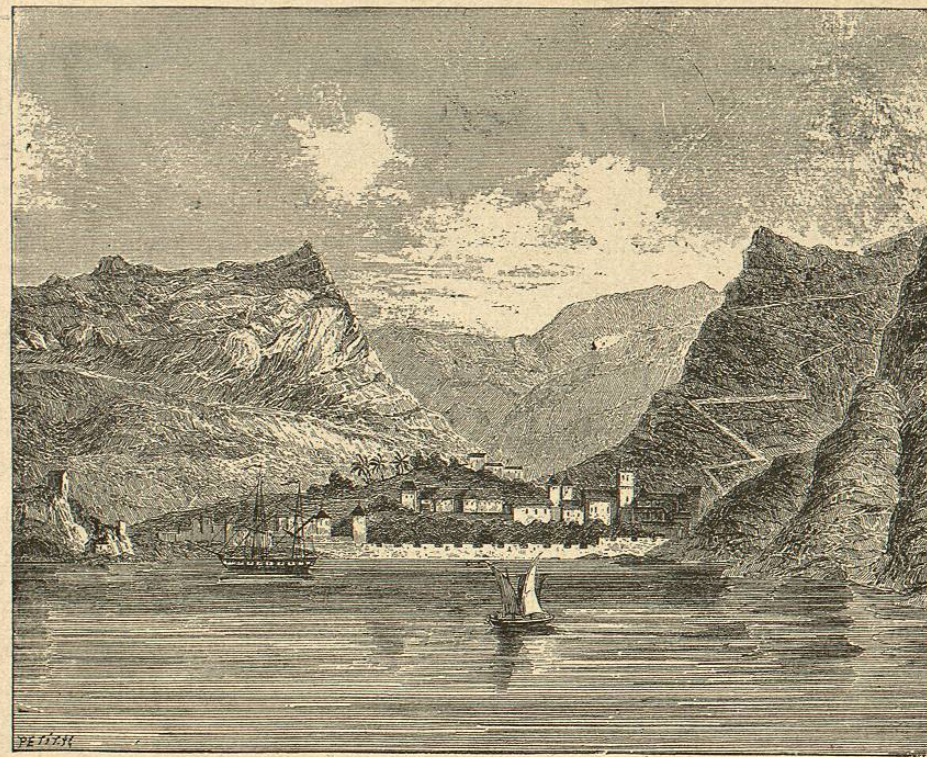
Toujours l'isolement, l'abandon, la prison ;  
Un soldat rouge au seuil, la mer à l'horizon ;  
Des rochers nus, des bois affreux, l'ennui, l'espace ;  
Des voiles s'enfuyant comme l'espoir qui passe ;  
Toujours le bruit des flots, toujours le bruit des vents !  
Adieu, tente de pourpre aux panaches mouvants !  
Adieu, le cheval blanc que César éperonne !  
Plus de tambours battant aux champs, plus de couronne,  
Plus de rois prosternés dans l'ombre avec terreur,  
Plus de manteaux traînant sur eux, plus d'Empereur !...  
Sur les escarpements roulant en noirs décombres  
Il marchait seul, rêveur, captif des vagues sombres ;  
Les aigles qui passaient ne le connaissaient pas (1).

Napoleón trató, sin embargo, de vivir todavía como monarca; arregló su servidumbre en Longwood como en las Tullerías, recibiendo Bertrand, Montholón, Gourgaud y Las Casas títulos palatinos; la vajilla de plata y de porcelana, traídas de París, se pusieron en uso, el cocinero vestía uniforme verde bordado de plata, etc. El Emperador tomó la costumbre de pasar la velada de sobremesa; á los postres le traían Racine, Corneille, Molière, escogiendo una de las obras maestras de estos ilustres autores. «¿A qué función iremos esta noche?—preguntaba;—¿iremos á oír á Talma ó á Fleury?» La lec-

(1) «El perpetuo aislamiento, el abandono, la cárcel;—en la tierra un soldado encarnado, en la mar el horizonte;—rocas ágrestes, espantables selvas, el hastío, el espacio, — algunas velas á lo lejos, símbolo de la esperanza que se pierde;—el ruido continuado de las olas, siempre el silbido de los vientos.—¡Adiós, empenachada tienda de púrpura!—¡Adiós, blanco caballo espoleado por el César!—Ya no hay tambores que redoblen, ya no hay corona, — ya no hay monarcas postergados y llenos de terror, — ya no se les ve con sus mantos, ya no hay Emperador!... — Sobre las escarpadas rocas, de las que se desprende negro polvo, — se paseaba solo, delirante, oprimido por vagas sombras;— las águilas que volaban sobre su cabeza no le conocían.»

tura duraba generalmente hasta las diez ó las once de la noche. Otros días se preparaba la mesa de juego; pero esta distracción no absorbía la atención del Emperador, que muchas veces, preocupado y soñador, abandonaba la mesa y se retiraba á su cuarto.

Dedicaba el día á lecturas, á escribir notas y á pasear en coche ó á caballo, y más adelante á algunos trabajos de jardinería, reanudando



Santa Elena. Vista de James-Town

do sus *Memorias*, comenzadas á bordo del *Northumberland*, en las que cuenta sus campañas de Italia, de Egipto, de Siria y varios episodios de su juventud, antes de llegar á ser monarca, fijándose en aquellos puntos de que se preocupaban sus contemporáneos, demostrando gran fuerza de concepción, energía de pensamiento, serenidad de juicio y una hermosura natural é incomparable de expresión, olvidando su propia persona al juzgar á los políticos y á los guerreros de otros tiempos, todo con admirable claridad, y sometiendo á revisión sus ideas propias, admiraba por la imparcialidad de sus juicios sobre sus enemigos á sus compañeros de cautiverio, á quienes costaba tra-

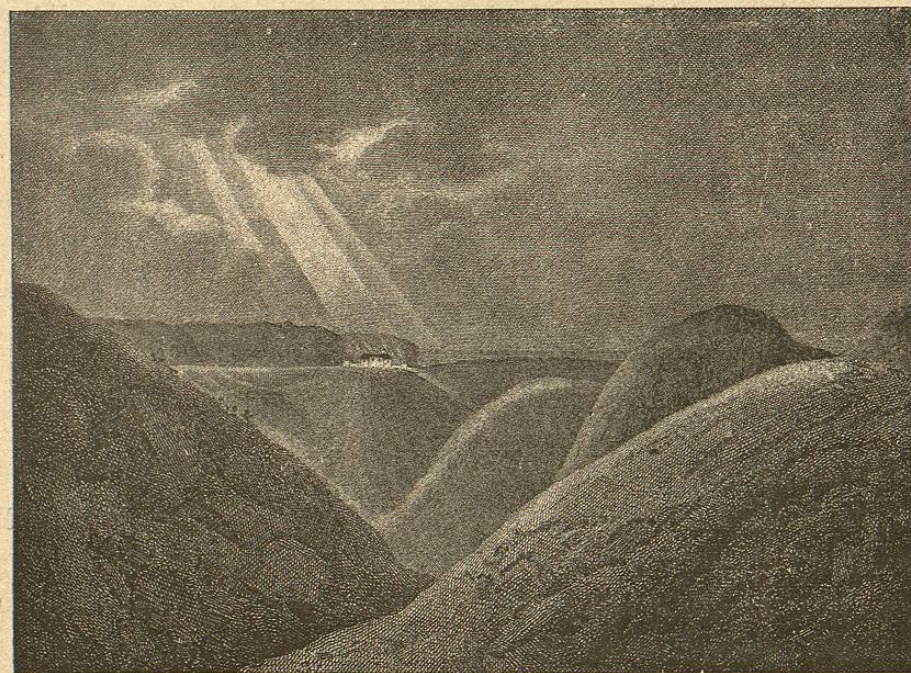


bajo seguirle en sus variadas evoluciones. Napoleón, cuya elocuencia militar había sobrepujado ya á todos sus modelos, agregó con sus *Memorias de Santa Elena* una nueva gloria á todas las demás suyas, la del historiador, tomando puesto entre los primeros escritores de nuestro siglo. Transcurrían así los días entre recuerdos gloriosos, en la observación de las agitaciones de Europa, con la preocupación constante de la opinión de la posteridad.

Entretanto, la venganza política proseguía su obra, encontrándose el Emperador sujeto á tratamientos y á vejaciones cada día más dolorosas. El terror de los monarcas no perdonó medio para impedir la reaparición de Napoleón en el continente, y como decía lord Byron en 1816, en el tercer canto de *Childe-Harold*, creían que Napoleón no había renunciado todavía «á revestir la púrpura imperial, á trastornar nuevamente el mundo y á volver á ser en él Júpiter tonante.» Pusieron guarnición inglesa en las islas de Tristán de Acuña, situadas al Sur del cabo de Buena Esperanza, y, á pesar de los generosos esfuerzos de lord Holland, el Parlamento inglés convertía en ley del Estado el cautiverio de Napoleón en Santa Elena (1). En Santa Elena mismo, establecieron delante de Longwood un campamento cuyos centinelas llegaban por la noche *hasta la misma casa*; un oficial seguía continuamente á Napoleón, y el telégrafo transmitía de hora en hora al gobernador las menores acciones del prisionero. Todas las cartas que se mandaban ó recibían, debían ser abiertas y pasar por Londres. Se interceptó á Napoleón la correspondencia con su familia y amigos, no permitiendo que llegasen á él más que los libelos y las noticias del triunfo de sus enemigos. Gustaba en sus paseos hablar con los habitantes de la isla y acariciar á los niños, que le recordaban su hijo; dióse, pues, orden terminante para que se alejasen todos á

(1) Napoleón contaba con entusiastas admiradores aun en las mismas gradas del trono. La princesa Carlota, hija del príncipe-regente (más adelante Jorge IV) y presunta heredera de la corona, sentía por Napoleón un entusiasmo que no ocultaba. La noticia de su prematura muerte, en 1817, fué para Napoleón un gran desengaño, considerándola, nos dice Montchenu, como una nueva desgracia, pues esperaba que más adelante le habría mandado trasladar á Inglaterra. «Una vez allí, decía, me he salvado.» Uno de los jefes del *prerafaelismo* inglés, el pintor y escritor Hazlitt, fué también un entusiasta partidario de Napoleón, en quien creía ver la personificación de la revolución francesa y el antagonista de las ideas *torries*, de las que Hazlitt era encarnizado adversario (véase un artículo de Etienne en la *Revue des Deux Mondes*, 1.º de Noviembre de 1869).

su paso y no pronunciasen nunca su nombre. Las visitas más insignificantes eran objeto de un interrogatorio previo, de manera que madama Bertrand pudo decir con razón, al presentar al Emperador el niño que había dado á luz en Longwood: «¡Majestad, os presento al primer francés que ha llegado aquí sin permiso del señor gobernador!» Para privar á Napoleón de todo medio de adquirir ó comprar agentes, se redujeron las pensiones de su casa, creyendo así



Vista de Longwood, tomada desde la granja de Balcombe. (Copia de un grabado inglés)

obligarle á hacer uso de los fondos de que se le suponía poseedor; pero Napoleón, al protestar contra la mezquindad de sus carceleros, declaró «que no tenía recursos propios más que en América, y que sus necesidades particulares eran tan modestas que iría á pedir su rancho al campamento de Deadwood, persuadido de que aquellos valientes no se lo negarían al soldado más veterano de Europa; pero que él tenía compañeros en el cautiverio, y que para subvenir á sus necesidades mandaría fundir en James-Town las hermosas y ricas piezas de plata de su vajilla.» El gobernador se encargó entonces, según dijo, de fijar las economías, quedando reducida la cifra de los gastos á 12.000 libras.



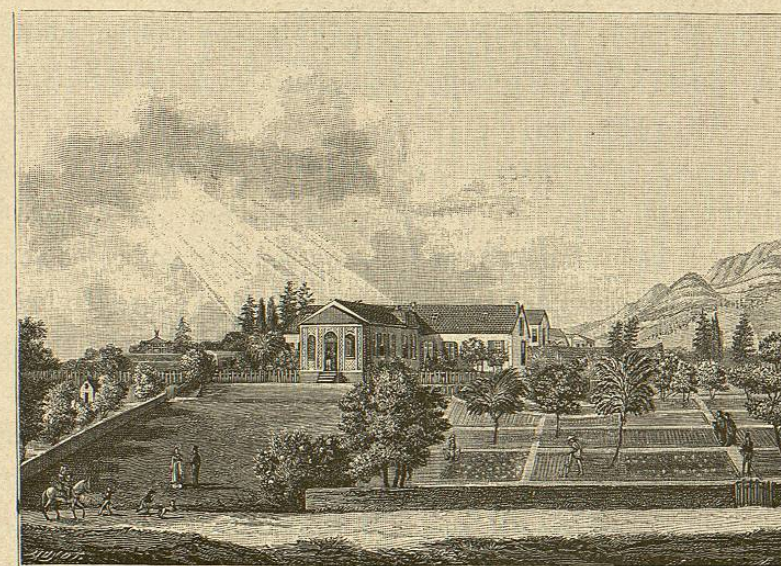
Todas estas vejaciones tenían por único objeto imposibilitar todo plan de evasión; pero, ¿por qué sobrecargarlas con medidas completamente inútiles? ¿por qué, por ejemplo, se privó á Napoleón de su título de emperador? El almirante Cockburn, por rudo que fuese, había sabido, sin embargo, hacer llevaderos estos excesivos rigores; pero la conducta de Hudson Lowe, que le reemplazó en Santa Elena, fué verdaderamente provocadora. La noche misma de su llegada (5 de Abril de 1816) mandó avisar á Longwood que al día siguiente iría á ver *al general Bonaparte*, de esta manera y sin más cumplidos; el Emperador, al día siguiente, se negó á dejarse visitar y fijó la recepción para el día inmediato. Así estalló la animosidad desde el primer momento; á fin de año la ruptura era completa, y el gobernador mandó expulsar al conde de Las Casas y á su hijo, cuya compañía tan agradable y aun necesaria era para los trabajos del Emperador; exigió además una reducción del personal, y fué expulsado de la isla el médico inglés O'Meara, que se había agregado al Emperador después de la travesía del *Bellerophon* (1). Agraváronse los disgustos del Emperador por las discordias de su acompañamiento y por los celos que despertaba el marcado predominio que sobre él ejercía madama de Montholón, llegando las cuestiones entre Montholón y Gourgaud á tal punto, que este último, de carácter violento y exaltado, provocó á su compañero de destierro á un duelo á muerte y tuvo que separarse de Napoleón para regresar á Europa (1818).

En 17 de Junio de 1816 desembarcaron en Santa Elena tres personajes adornados del pomposo título de comisarios de la Santa Alianza, nombrados en virtud de un artículo del tratado de 2 de Agosto de 1815, y cuyo viaje tenía por objeto asegurarse de que Inglaterra guardaba bien á su prisionero (2). Napoleón se negó á recibirlos y á reconocer su cargo, esperando por un momento que las

(1) En 25 de Julio de 1818. Los detalles que nos proporciona Stürmer, y hasta las relaciones del marqués de Montchenu, demuestran que las *Memorias* han atenuado, más que exagerado, lo mezquino, insoportable y hasta odioso de la conducta y carácter de Hudson Lowe.

(2) El delegado ruso era el conde de Balmain, el austriaco el barón de Stürmer, y Prusia, no se sabe por qué motivo, renunció á su derecho; pero Francia, en cambio, obtuvo el de agregar á los comisarios de las tres potencias designadas en el tratado un delegado francés, para cuyo cargo el ministerio Richelieu designó al marqués de Montchenu.

instrucciones de una política menos implacable pondrían fin al cruel formalismo de Hudson Lowe, pero se equivocó. El sucesor del almirante Cockburn en el mando de la estación naval, lord Pulteney Malcolm, quien se había atraído á Napoleón por su proceder delicado, trató, aunque en vano, de reconciliarle con el gobernador. Hudson Lowe estaba continuamente dominado por la idea de su responsabilidad, que no atenuaba impulso alguno generoso.



Vista de Longwood Croquis el natural (Santa Elena, 1820)

Cierto es que se presentaron á Napoleón varios proyectos de fuga, á los cuales encontramos numerosas alusiones en las noticias procedentes de Santa Elena, pero Napoleón no se prestó nunca formalmente á secundar tales tentativas (1). Sin duda conservó por algún tiempo la esperanza de su regreso á Europa, pero confiaba para esto en una revolución en Francia y en algún cambio político que pudiese

(1) El plan más serio se formó en 1817. Debía reunirse en la isla Fernando de Noronha (costa del Brasil) una escuadrilla compuesta de dos goletas y de un navío de 74, armados con cañones, que saldrían de aquel punto para llevar á Santa Elena ochenta oficiales franceses y 700 hombres decididos, reclutados en los Estados Unidos. Entre los organizadores de esta expedición se daba la singular coincidencia de figurar un oficial que había pertenecido á la marina inglesa y que debía más adelante reingresar en ella, sir Tomás Cochrane. (Véase la carta que Molé, á la sazón ministro de Marina, escribió con este motivo al duque de Richelieu, el 22 de Noviembre de 1817, citada en la obra de Jorge Firmin-Didot, págs. 284 y sigs.)